

### REGLAMENTO DE VIDA.

Constituido ya el cura en su nueva parroquia, y pasada la agitacion de los primeros dias, su primer cuidado ha de ser formarse un reglamento de vida, y seguirlo con fidelidad en cuanto lo permitan las atenciones del curato. Es evidente que un cura que vive sin regla, no se halla en estado de imponerla á sus feligreses; ya porque, como dice san Bernardo, no es regular se atreva á aconsejarles lo que él mismo no observa: *Nemo fidenter reprehendit in quo se irreprehensibilem non confidit*; ya porque, caso que lo haga, su mismo mal ejemplo enerva, debilita y hace inútiles los consejos que da; ya, en fin, porque no hay probabilidad alguna de que Dios bendiga las palabras de un hombre que vive todo lo contrario de lo que enseña.

Hay quien opina que un reglamento de vida solo pueden guardarlo los que viven exclusivamente para sí, y disfrutan de la libertad de una vida enteramente privada; pero esto es una equivocacion. No hay quien con mas ó menos exactitud no pueda observar una cierta regla; y nadie tiene mas necesidad de ella que los que, como los curas, sirven al público y trabajan por el bien de los otros. Sin la sujecion á una regla fija y determinada, ¿cómo se evitarán esa inconstancia y esa desigualdad en el obrar que naturalmente ocasiona el manejo de los negocios ajenos, y que no obstante son sumamente opuestas á la vida interior, á los progresos de la virtud y al espíritu sacerdotal, que es espíritu de abnegacion y sacrifi-

cio? Somos de parecer que el siguiente plan de vida es aceptable por la generalidad de los señores curas, y que apenas habrá uno que no pueda seguirlo sin grande inconveniente de su parte.

Por lo regular levántese á las cinco de la mañana, si no hay quien espere para confesar; que si es dia de confesiones, sobre todo en verano, entonces tiene que anticipar la hora, á fin de entregarse un rato á la oracion, antes de entrar en el confesonario. Acuérdesse que el hombre público no tiene mas tiempo para sí que el que roba al sueño; y así tenga por máxima invariable hacer muy de mañana la oracion, y, si es posible, antes de emprender ninguna otra tarea; ya porque entonces el espíritu está mas dispuesto para entretenerse con Dios, ya porque, si no la hace á la primera hora, se expone á no hacerla en todo el dia, ó á hacerla corriendo y sin fruto.

Rece la misa en una hora conveniente y cómoda para que los que quieran puedan asistir á ella antes de ir al trabajo. La experiencia enseña que si la misa se dice temprano, muchos concurren á ella, aun cuando no sea dia de obligacion; cuando, por el contrario, si se dice tarde, no suelen oirla otros que el monacillo y la criada del cura. ¿Y por qué se ha de privar á la pobre gente de poder oir misa todos los dias, pudiéndoseles proporcionar este gran bien, sin mas trabajo que el de madrugar un poco?

Lo restante de la mañana podrá emplearlo en el rezo de las horas, en el estudio de algun punto de moral y en prepararse para el sermón del domingo siguiente. No se contente con tener un número limitado de sermones, de modo que le sea forzoso repetir los mismos cada año: antes procure trabajar continuamente sobre nuevas materias, á fin de que pueda siempre decir alguna cosa nueva á sus feligreses. Así será escuchado con mas gusto, sus palabras producirán mas fruto, y evita-

rá la ociosidad, que es el demonio meridiano de algunos curas, particularmente de los de corto vecindario.

La tarde la empleará en un rato de paseo, en la visita de los enfermos y en la del santísimo Sacramento. No deje pasar día sin visitar á Jesús residente por nuestro amor sobre los altares. Á mas del ejemplo edificante que con esto dará á la parroquia, ¿cuántas gracias, cuántos bienes espirituales y temporales alcanzará para sí y para sus ovejas? La lectura espiritual debe tener tambien su lugar en alguna hora de la tarde. Quizás no hay persona á quien la lectura espiritual sea mas necesaria que á los eclesiásticos y pastores de almas. El pueblo es instruido y advertido de sus faltas por sus curas; pero los curas no son advertidos de nadie, ó á lo menos lo son raras veces, si no recurren á la lectura de algun libro de piedad.

Cada semana, ó, á lo mas tardar, cada quince dias acérquese al santo tribunal de la Penitencia. Para hacerlo con mas fruto será conveniente que entre los párrocos vecinos elija por director al que le parezca mas sábio, mas ejemplar y mas celoso de la salud de las almas. Es imposible decir de cuánta eficacia sean los cuidados de un buen confesor para mantener en la piedad á un sacerdote cargado con el ministerio parroquial.

Cada mes escoja un dia en el que por espacio de dos ó tres horas se prepare para la muerte: examine qué progresos ha hecho en la virtud, qué defectos ha logrado enmendar, y qué victorias ha conseguido sobre la pasion dominante. Comparando así el tiempo pasado con el presente, conocerá si adelanta, si atrasa, ó si está parado en el camino de la propia santificacion.

Cada año haga algunos dias de retiro y la confesion anual: vea en qué estado se hallan sus negocios temporales, y procure arreglarlos haciendo su testamento, no consultando á la carne y á la sangre, sino conforme á los sagrados cánones,

los cuales previenen que los ahorros de los eclesiásticos, procedentes de los réditos del altar, sean empleados en obras pias. Este es el consejo que da san Agustin, diciendo: *Fac testamentum tuum, dum sanus es: in infirmitate positus, duceris quò tu non vis.* ¡Cuántos eclesiásticos, firmando su testamento, firman el decreto de su eterna reprobacion!

Véase, pues, cuál á nuestro juicio debe ser el plan de vida de un verdadero eclesiástico. El que lo observe en todas sus partes se santificará á sí propio y trabajará útilmente en la santificacion de los demás.

## DOMÉSTICOS.

Entre las buenas cualidades que el apóstol san Pablo exige de un pastor de almas, una de las principales es, que sepa gobernar bien á los que viven en su casa, manteniéndolos en el órden, en la sujecion y en una entera pureza de costumbres: *Sit domui suæ benè præpositum*<sup>1</sup>: porque, dice el mismo Apóstol, si álguien no sabe gobernar á su propia familia, ¿cómo gobernará á todo un pueblo, sobre el cual en cierto modo no tiene la misma auloridad? *Si quis autem domui suæ præesse nescit, quomodo Ecclesie Dei diligentiam habebit*<sup>2</sup>? No basta, pues, que un cura sea virtuoso y edificante; si sus domésticos no lo son tambien, aparte de que mas de una vez le cubrirán el rostro de confusion y vergüenza, su mal ejemplo hará estériles cuantos esfuerzos él haga para arreglar á los demás.

Así, pues, procure elegir para su servicio á personas de costumbres inmaculadas, y cuya virtud sea probada, pública, intachable y notoria á todos. Aun así no debe fiarse enteramente de ellas, sino velar sobre su conducta, procurando saber á qué lugares van, qué tratos tienen, y con qué clase de personas se relacionan. Si se apercibe de que faltan en cosa sustancial y que pueda escandalizar á la parroquia, como por ejemplo, que asistan al baile, tengan tratos amorosos, reciban visitas clandestinas, salgan de casa en horas sospechosas; corríjalas severamente, y redoble la vigilancia. Si hay enmien-

<sup>1</sup> I Tim. III, 4. — <sup>2</sup> Ibid. 5.

da, sopórtelas con caridad: si no, despídalas luego, y no permita permanezcan un dia mas en su casa. Esta providencia, aunque dura y severa, debe darla el cura por el honor del ministerio, por su propia reputacion, para edificacion de la parroquia, y sobre todo para enseñanza de los amos, quienes así aprenderán cómo deben portarse con un doméstico díscolo é incorregible.

No abundamos en el sentir de los que opinan que todo el clero, especialmente el parroquial, en vez de mujeres, debería llamar hombres para su servicio. Convenimos en que así se evitarian muchos peligros y no pocas sospechas, y en que de este modo se tendria la accion mas libre para atacar ciertos desórdenes, que ahora no se pueden tocar sino de un modo indirecto: y en este concepto debemos confesar que nos gusta sobremanera esta opinion, y que nos parece muy laudable el celo de los que la llevan. Mas, por muy grata que nos sea la tal opinion, considerada así en teoría, no la hallamos aceptable en la práctica, porque la vemos erizada de grandes dificultades, y de inconvenientes tal vez mayores que los que se pretenden evitar. Á nuestro juicio el ser servido por mujeres es para la generalidad del clero uno de los males que se dicen necesarios; y será sin duda por esto que ni los sagrados cánones, ni los obispos jamás se lo han prohibido. Lo que nos parece debe hacerse es, disminuir en lo posible los inconvenientes que pueda haber en ello; de modo que, ya que no sea dado quitar de raíz todo el mal, á lo menos quede reducido á sus mas pequeñas dimensiones.

Para esto es de todo punto necesario que el cura elija por sirvienta á una mujer de buenas condiciones, es decir, religiosa, temerosa de Dios, discreta, de modales finos, y que sepa recibir con urbanidad á los que vayan á la casa rectoral, particularmente á los feligreses y á los pobres. Luego tenga

sumo cuidado en tenerla á raya, y no concederle demasiada autoridad; no olvidando que la mujer, aunque sea buena, es naturalmente altanera y vanidosa, y que eso de verse sirvienta de un señor cura es cosa que la engrie y ensoberbece. Si el cura tiene la debilidad de dejarse dominar por la sirvienta, á mas de que muy pronto dejará de ser amo, ó cuando mas lo será de puro nombre, ella cometerá un sin fin de imprudencias, que tendrán malos resultados. Tratará con aspereza á los feligreses que no sean de su agrado, y tendrá la osadía de darles avisos y correcciones que no producirán otro fruto que el de hacer despreciar y aborrecer al cura, bajo la idea de que revela á la sirvienta lo que pasa en el secreto de las familias. De continuo irá á darle quejas ahora de este, ahora del otro; lo que solo servirá para inquietarle, y hacerle dar en público reprensiones inoportunas y fuera del caso; haciéndose así, y quizás sin pensarlo, ciego instrumento del enojo ó antipatía de la criada.

Á fin de que aprenda á no meterse en lo que no le toca, nunca hable en su presencia de los asuntos reservados de la parroquia, jamás de los desórdenes secretos, y rarísimas veces de los públicos. Si tiene que dar alguna correccion, tenga cuidado en no darla en su presencia, ni en lugar que pueda ella oirlo; y mucho menos le permita tomar parte en el asunto, y meter su cucharada; porque no hay cosa que mas irrite á un feligrés, que una palabra que le diga la criada del cura. Tampoco sufra ponga la mano en el incensario, queremos decir, que se mezcle en el gobierno de la parroquia; y por esto nunca diga delante de ella lo que tenga que advertir á su vicario ó á los párrocos vecinos. Si entre él y su vicario se suscitase alguna desavenencia ó surgiese alguna cuestion, léjos de permitir que ella se mezcle en el negocio, obre de modo que ni siquiera llegue á entenderlo, á fin de evitar que el vicario

sea tratado con menos respeto por ella, y prevenir los males que de esto podrian seguirse. No hallamos cosa mas afrentosa para un eclesiástico que el dejarse dominar por una mujer; y así tenga cuenta en no dejarle adquirir demasiado ascendiente sobre su espíritu, porque de seguro abusaria de él con no poca confusion suya: *Non des mulieri potestatem animæ tuæ, ne ingrediatur in virtutem tuam, et confundaris* <sup>1</sup>.

No queremos decir con esto que haya de tratarla con dureza, cual si fuese una esclava: la prudencia guarda en todo un justo medio. No tenga con ella demasiada familiaridad, para que no se haga insolente; pero tampoco use con ella de sobrado rigor, á fin de que no le pierda todo afecto. Un cura que siempre usa con la sirvienta de maneras bruscas, se la hace enemiga, es servido sin amor, y á veces sin fidelidad.

<sup>1</sup> Eccli. ix, 2.